El Orgullo de los Traidores, Volumen 3: Choque de Realidades

Capítulo 1

CAPÍTULO 1

PAZ

UNO

El olor a aromatizante barato mezclándose con el del sudor no podía ser más asqueroso. La vulnerabilidad en su punto máximo era obvia como lo era la desnudez de aquella pequeña chica recostada bocarriba en el colchón de un cuarto de hotel de paso. Sobre su cadera, el peso de un hombre agitado que no dejó de lado su lujuria aun cuando intentaba cortar con sus propias manos la respiración de su compañera.

La picardía de los actos pasó a convertirse en leve desesperación, que no terminó de emerger al ser ahogada por su resignación ante tal evento. Luchar o sacudirse era algo que había dejado de intentar desde meses atrás. Cada intento de intimidad era cada vez más violento. No había más que hacer que aceptarlo. Si no huyó antes, ¿por qué siquiera habría de intentar escapar? Era lo que Janeth se repetía.

Solo quedaba cerrar los ojos. Respirar ya no era posible. Pero, en cuanto se resignó a perecer en ese lugar, su pecho se llenó del aire que tanto le había faltado. Sus párpados se abrieron de golpe para maravillarse con el colorido brillo de cientos de listones entrelazados entre sí, justo sobre ella, que yacía recostada entre la hierba, esta vez vestida.

—Esto es una mentira —susurró.

El suelo se quebró y, tanto Janeth como la tierra, la roca y los árboles, se elevaron hacia el cielo a una velocidad tal que casi la hace desmayar. La incertidumbre de encontrar la muerte en alguno de los golpes que recibió durante el ascenso era aterradora. Los gritos, el llanto, el fuerte olor a sangre y desesperación, eran incluso más abrumadores.

Si el destino existe y determina todo lo que sucede, ¿qué había hecho Janeth para merecer tal secuencia de acontecimientos? Se lo preguntaba a menudo, para luego resignarse a recordar las desgracias que su existencia había traído a las personas. Es lógico, una mala persona debe ser castigada por sus actos.

Quizá Dios ya había determinado que debía morir para pagar sus pecados. Pero si es así, y Dios en realidad es omnipotente, ¿por qué seguía con vida? Se lo preguntó en cuanto despertó de la pesadilla que tanto había

repetido los últimos días desde que volvió a casa. A Villa de las Rosas.

DOS

El brillo del amanecer se coló débilmente entre las gruesas cortinas frente a la ventana. El verde de las paredes apenas podía distinguirse detrás de todos los adornos, carteles y una que otra carta pegados encima. La cama, con la cabecera pegada al centro del muro de fondo, era amplia y estaba hecha un desorden de sábanas y almohadas.

Al frente, cubriendo el muro a un lado de la puerta, estaba el enorme y abarrotado closet. Por la izquierda y junto a la ventana, estaba la marquesina, llena de todo tipo de artículos de belleza, pinceles, papeles, entre muchas más cosas. Esta era la única habitación fuera de la casa principal y también el único refugio de paz para Janeth cuando aún vivía con su familia en Villa de las Rosas. Mismo lugar al que había regresado luego de ser recogida por su padre entre los refugiados que vinieron de la Ciudad de Rin.

Tres días pasaron desde que los refugiados llegaron. Los noticieros no pararon de hablar de las amenazas libertarias contra Rin desde ese momento. Pero para Janeth, solo explicar lo que sucedió ahí era difícil. Intentar recordar lo sucedido siempre terminaba en una fuerte migraña. Por más que su madre insistió en dar explicaciones, no fue capaz de entablar palabra sin terminar llorando del dolor de cabeza.

Dos médicos la examinaron. Ambos conjeturaron en que su mente estaba protegiéndose a sí misma al no dejarla recordar. La desesperación de su madre se hizo notoria en ambos casos. La mujer quería saber en qué estuvo metida su primogénita lo últimos días. Pero cada intento terminó siempre de la misma manera.

La migraña terminaba durando varias horas. El dolor era tan intenso que casi sentía que le arrancaban las uñas. No podía dormir a causa de las pesadillas que tenía cada noche y comer era cada vez más complicado debido a la náusea permanente que le provocaba su malestar. Se le notaba demacrada, cansada. Fuera lo que fuera que sucedió con Janeth, el misterio causaba gran ansiedad en su familia.

TRES

El tren se detuvo y de él empezó a bajar la multitud. El desorden en el desalojo de los vagones solo era superado por el ruido de las ventas afuera. Después de todo, la Estación de Trenes de Villa de las Rosas era

muy conocida por parecerse más a un sucio mercado que a una estación.

Entre la gente que desembarcaba, caminaba Flynn. Consigo no llevaba más que una maleta pequeña colgando sobre su pecho por una cinta. Tan fiel a sí mismo como siempre, vestía una pantaloneta beige con varias bolsas, zapatillas casuales y una playera de manga corta roja.

Era quizá la segunda o tercera vez que visitaba Villa de las Rosas, así que el desorden de la estación no le sorprendió mucho. En cuanto pudo bajar del tren, solo se enfocó en salir de ese sucio lugar lo antes posible. Después de todo, no solo se trataba de un lugar desordenado y poco salubre, sino también de un punto donde los robos eran bastante comunes.

—Ojalá aquí encuentre algo útil —reprochó.

Y es que Flynn declinó de acompañar a Roy y Nodoka hasta Ardeneen debido a que el Sir Anloucce le encomendó directamente la vigilancia de Kurt, con quien tenía un trato por la búsqueda de Roy. Sin embargo, los hermanos nunca aparecieron en la Casa Anloucce de Capital, que era donde debían ir luego de la misión.

Flynn terminó buscándolos por cada centro hospitalario o instalación parecida, sin el mínimo rastro. Era de esperarse hasta cierto punto. La operación del Jardín de la Vida fue una suerte de alianza entre el General Paul Bellamy y el Sir Serge Anloucce. Era sabido que estos dos no se llevaron bien nunca, algo que fue notorio al no especificar el Sir de qué manera ayudaría a la operación.

Fue una sorpresa mayúscula la de Ritchmond, líder de la operación, al ver a su hermano menor acompañando a Flynn y Nodoka como los refuerzos del Sir. Aunque sería más acertado decir que, más que sorprendido, parecía molesto. Las tensiones se elevaron demasiado en cuanto Roy apareció en escena. Era obvio que lo sucedido con la menor de los hermanos Kirchoff Astrea era aún una herida latente, pero ¿qué tanto sabía Ritchmond sobre el asunto? Su actitud al ver a Roy no era algo que se pueda pasar por alto fácilmente.

—Ah, Dios. Creí que esto no pasaría de rescatar a otro chico con problemas —refiriéndose a Roy—.Como si encontrar a la tal Christa no fuera suficiente, ahora tengo que ubicar a Kurt. Ah, este tipo sí que es problemático.

Para Flynn, el enredo se hacía cada vez más molesto. Tanto que tuvo que recurrir a la única pista que tenía sobre el paradero de Kurt, la mujer que se fue con él en el tren, Janeth. Sí, la única razón para que Flynn arribara a Villa de las Rosas era encontrar a Janeth, un pilar fundamental en la

vida de Kurt antes de los sucesos ocurridos en el Barrio de Betel.

Y es que, de por sí, el Clan Anloucce tenía en la mira a la familia Kirchoff Astrea desde meses atrás, a solicitud de Roy. Después de todo, uno de los términos del trato de Roy con el Sir Serge Anloucce incluía la absoluta protección de Christa Kirchoff Astrea. Y, como se podrá imaginar, esta tarea se le encomendó a Flynn.

Al principio, el Sir consideró que la vigilancia de la chica era suficiente, sin embargo, decidió tomar la completa responsabilidad sobre ella y su tratamiento luego de lo sucedido en el Hospital Central. El Sir es un hombre de palabra. El Sir no duda cuando debe ponerse serio. Por eso Christa se encontraba ahora en Ardeneen, al cuidado de los médicos de confianza del Clan Anloucce.

El Sir estaba cumpliendo con Roy, y este último ahora le correspondía volviendo a Ardeneen para informarle de todo lo que vivió desde su marcha a Los Altos. Sin embargo, antes de que Flynn se separara de él y de Nodoka, Roy hizo una pequeña solicitud a su nuevo compañero.

—"Si tienes la oportunidad de saber algo de Janeth… espero que esté bien" —lo citó—. Ah, Roy. ¿En qué demonios estás metido? Últimamente parece que todo gira a tu alrededor.

CUATRO

La Finca Paraíso era uno de los lugares más populares de la Ciudad de Ardeneen ya que buena parte de su extensión era dedicada a un parque natural abierto al público. Adentro, las áreas verdes más naturales se mezclaban con hermosos jardines y patios llenos de esculturas y monumentos de estilo renacentista con vista a la ciudad. Después de todo, la mayor parte de la finca se encontraba sobre el inicio de la cordillera, muy cerca de la baja costa donde se asentó casi toda la ciudad.

Aunque la parte pública era hermosa, lo cierto es que la magnificencia arquitectónica de la Finca Paraíso se encontraba reservada para quienes residían ahí, los miembros del Clan Anloucce y su "gente de confianza", hombres y mujeres que, por distintas razones, terminaron al servicio de uno de los clanes más poderosos de la Gran Nación de Ceres.

La parte privada, tal como la pública, combinaba hermosos jardines con áreas verdes, con la diferencia de estos se encontraban alrededor de los palacios de estilo renacentista que se ubicaban por toda el área que antecedía al montañoso bosque que comprendía casi dos tercios de la extensión total de la finca. Los lujos de la parte privada desbordaban por

todos lados.

Por tal razón no era raro pensar en que, dentro de los salones de los imponentes palacios, se celebraban reuniones de importancia mayúscula para el futuro de la Gran Nación. Era tal la comodidad de esta área, que opacaba completamente el interés de cualquiera por explorar los laberínticos senderos empedrados del área boscosa, llamada “La Montaña”.

Sin embargo, era en la parte más alta del denso y templado bosque, donde los árboles se hacían más altos y estaban más separados entre sí, que se alzaban ocho cabañas de fina construcción y acabados. En ese lugar, donde los senderos desaparecían y la luz del sol se opacaba por las abundantes ramas de los árboles, se encontraba el hogar de los “siete buenos amigos” del Sir Anloucce, así como la cabaña reservada como despacho para este último.

Era quizá el punto más alejado de los palacios, así como el que más cerca estaba de la verdadera naturaleza de la política en la Gran Nación de Ceres. Un lugar reservado para los siete que han conocido la desesperación en su punto álgido y, además, la convirtieron en tragedia con sus propias manos. El lugar a donde pertenecen los pecadores, en la compañía del Sir Anloucce.

CINCO

—Entonces, ¿qué tal dormiste, Roy? —preguntó la diosa, con tono curioso y cálido.

El chico recién despertaba, la noche anterior fue larga, pero finalmente retomó suficiente fuerza como para sentarse a un lado del colchón, de frente al espejo instalado entre las dos grandes ventanas tapadas por gruesas cortinas de color marrón. En lugar de verse a sí mismo en el reflejo, era una hermosa mujer de piel pálida y cabello dorado quien se encontraba ahí, vestida con una camiseta blanca holgada y un pantalón deportivo de color gris, tal como Roy.

—Buenos días —saludó, aun adormitado, sin reaccionar un poco ante la mirada cálida de la diosa—. Supongo que no necesito contarte dónde estamos, ¿cierto?

—No es necesario, estuve observando y escuchando todo.

—¿Y qué tal? ¿Has visto algo interesante a través de mí?

—Bueno, aún estamos empezando con esta aventura, pero ya me he llevado una que otra sorpresa. La has tenido difícil, ¿eh?

—¿A qué viene eso?

—A nada. Es solo que, luego de milenios viajando entre las vivencias de los muertos, finalmente estoy experimentando todo en tiempo real, a través de ti.

—Sí, la verdad ha sido difícil.

—¿Quieres hablar de eso?

—No es que sea una gran historia.

—Está bien, la escucharé.

Roy dudó y bajó la mirada. Quería hablar, pero, en este punto, no sabía ni por dónde empezar a abordar la historia. Había tantas cosas para contar, que ya no sabía cuál valía la pena y cuál no.

—Tengo una pregunta —habló—. Antes dijiste que mi sufrimiento era la razón por la que me volví capaz de ser consciente de ti y la otra realidad. Pero… la primera vez… ¿cuándo fue?

—Eso es… un poco difícil de saber.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Bueno, porque he encontrado incoherencias entre los sucesos que he visto desde mi realidad. Por ejemplo, antes de estar vinculada a ti, vi muchas realidades en las que fuiste tú quien murió, no Christa. Y, del mismo modo, llegué a encontrarme con versiones diferentes de mí misma durante esos viajes.

—Espera, ¿cómo es posible eso? —levantó la mirada, la curiosidad en sus ojos tomó a la diosa con la guardia baja.

—Eh, bueno… —se vio conmovida por la reacción de Roy, pero no tardó en recomponerse—. Puede que solo esté viendo probabilidades, ya sabes, eventos que pudieron ocurrir. Es muy confuso, tendría que explorar un poco más el tema, pero ahora mismo es más difícil para mí alejarme de tu realidad debido a nuestro vínculo.

—Ahora estás anclada a mí y a mi espacio y tiempo, ¿es así?

—Así es. No puedo decirte claramente cuándo fue que te hiciste consciente de mi realidad, pero sí puedo asegurar que la primera vez que

supe de ti, fue justo después de lo sucedido en el Bosque Sonoro. Tu dolor fue tan grande, que incluso hizo tambalear esta realidad y terminó creando la Ley de los Lazos que ahora nos une y te une a Christa.

—Christa… —susurró, bajó la cabeza y se tomó el cabello con ambas manos—. Lo del Bosque Sonoro fue en marzo, hace nueve meses. Christa y yo nos conocimos hace casi cinco años, pero nos hicimos cercanos un año después. Éramos muy buenos amigos, nos contábamos todo y, aunque teníamos roces, en serio le tenía un cariño enorme.

—¿Tenías? ¿Ya no?

—No lo sé. Era una chica que podía pasar de ser lo más adorable del mundo cuando estaba contenta, a ser terrorífica cuando se enojaba. Hizo lo que le dio la gana siempre, nunca consideró siquiera la opinión de los demás. Ella incluso solía culparme por hacerla sentir mal, ¡cuando lo único que yo hacía era decirle que sus actitudes eran poco consideradas! —Empezó a subir la voz—. ¡Esa chica en serio era un fastidio en los últimos días!

—Puedo darme cuenta —asintió la diosa, levemente intimidada por la repentina expresividad de Roy—. ¿Dirías que eso fue razón para querer matarla?

—Yo no quería matarla. Quería llevarme bien con ella. Quería estar en paz y acompañarla. Pero ella… ella decidió que quería matarme.

Capítulo 2

MARGARITA

SEIS

Mamá murió de madrugada, clamado con voz muda por la presencia de papá, que se encontraba a kilómetros de aquella fría casa. Su piel se había oscurecido un poco debido a la complejidad que representaba tomar baños con el nivel de dolor que experimentaba día a día. Esa pequeña molestia que inició en su rodilla zurda se extendió por todo su cuerpo hasta el punto de hacerla sentir que su carne se deshacía en su interior.

Mamá tenía miedo, tenía mucho miedo. Le desesperaba la idea de dejar solos a sus hijos, es cierto. Pero lo que más la hacía perder la compostura era ver cómo la fuerte imagen que construyó con tanto esfuerzo durante tantos años, se derrumbaba a causa de una enfermedad que no podía entender. Para una mujer de su prestigio, acabar de esta forma era frustrante.

Sí, mamá murió postrada en una cama. Su cabello se cayó completamente a causa de costosa medicación experimental a la que fue sometida. Sus brazos ya no tenían la fuerza para sostenerla en muletas e incluso algo tan simple como respirar representaba un dolor tan grande que casi podía clasificarse como infernal.

Mamá se sentía sola. Ni Roy, ni Finn, ni Angela estaban con ella. Ella misma lo decidió así. La idea de que sus hijos la vieran derrumbarse era terrorífica. Pero en este punto, lo realmente triste era pensar en que no viviría para verlos otra vez. Mamá era orgullosa, no se doblegaba ante nada. Pero, por un momento, deseó que la última vez que vio a cada uno de sus tesoros, sus hijos, fuera un poco diferente.

Finn, el segundo, siempre fue el más noble. Aun cuando sufrió mucho en su infancia, conservó una bondad enorme en lo más profundo de su acorazado corazón. Mamá supo que su hijo seguía siendo el mismo niño amable cuando este le ofreció un ostentoso amuleto cuando fue trasladada de emergencia a Capital.

Mamá no supo cómo manejar la amabilidad de Finn, así que solo lo rechazó y dejó en sus manos una linterna pequeña que encontró por ahí. Para mamá era difícil pensar en que el niño al que tanto protegió de pequeño quisiera protegerla ahora. Fue un poco impactante. El más débil

estaba creciendo. El más débil estaba haciéndose fuerte.

Con Angela fue un poco diferente. Es difícil de decir, pero mamá no era muy cercana a ella. Angela era una niña callada y muy tímida. De pequeña nunca se apartaba de Roy, el primer hijo. Ella realmente era un calco de Roy, pues en cuanto este se marchó a Capital, empezó a actuar con independencia y fuerza, tal como él.

Mamá hablaba muy poco con Angela, tanto así, que no notó hasta su lecho de muerte que su hija más pequeña se encontraba constantemente presionada por la sombra de sus hermanos mayores y de sus padres. Angela era quien tenía las mejores notas. Angela siempre estaba en el cuadro de honor. Pero nunca recibió mayor felicitación por parte de mamá.

Mamá habría deseado, en su última conversación con Angela, decirle cuán orgullosa estaba de ella. Angela era la única entre sus hijos que destacaba en lo académico. Era justo que fuera condecorada, pero era bastante tarde ya para darse cuenta de esto. La última vez que se vieron, la niña se acercó a su madre solo para darle un beso en la mejilla y un abrazo.

Mamá no lo notó entonces, pero las manos de Angela temblaban de miedo. Sus ojos enrojecidos estaban a punto de estallar y mamá no se dio cuenta. Mamá amaba a Angela, pero la brecha entre ambas era tan grande que, estando al borde de la muerte, dudó si alguna vez logró que su amor llegara a su hija.

Y fue ahí, justo en el punto donde podía ver a la muerte sentada en la esquina del colchón, que reconoció su más grande fallo como madre. Si Angela terminó siendo tan fuerte, fue por la influencia de Roy. Mamá no quería aceptarlo, pero esa influencia, en realidad, no era más que el reflejo de sus errores.

Roy era un niño independiente, muy listo. Su nacimiento fue reconocido por muchos en la familia Velz como el regreso de su linaje a la aristocracia del Clan Leonhartd. Era de esperarse que todos estuviesen al tanto del desarrollo de un niño que, desde muy pequeño, mostraba cualidades que bien podían significar el inicio de un gran prodigio.

Había que prestar atención. No todos los días nacía alguien como Roy. Pero la realidad de los acontecimientos fue diferente a lo esperado. Roy creció entre niños comunes y corrientes. Roy trató de equipararse a ellos para no ser rechazado. Aun si podía dar más, siempre pasó con lo justo en todos los sentidos.

Roy era independiente y muy hábil, pero para muchos era notorio que no la pasaba bien. Mamá nunca quiso escuchar. Mamá pensó que Roy, siendo tan capaz, sería capaz de entender que las atenciones que dirigía hacia el

enfermizo Finn no eran mero favoritismo, sino el deseo de proteger a alguien que podía morir en cualquier momento.

O al menos fue lo que quiso creer. En realidad, mamá nunca fue consciente del abandono que sufría su hijo mayor. Solo le importaba cuidar de Finn. Solo no quería que Finn muriera. Ni siquiera el nacimiento de Angela significó suficiente para equilibrar las cosas. Roy terminó encargándose de cuidar a su hermana pequeña cuando mamá salía con Finn al hospital.

—Me pregunto si… Roy se sentía solo… —susurró mamá.

—Seguro que sí —habló una mujer.

La calidez de esa voz contrastaba también la tristeza que se distinguía en sus palabras. Mamá abrió los ojos y, con las pocas fuerzas que le quedaban, giró la mirada hacia su izquierda, donde se encontró con una hermosa chica de largo cabello dorado y piel blanca como la nieve. Llevaba encima una capa de color corinto con adornos como cadenas de oro sobre el hombro derecho y un broche en forma de cuchilla sobre el centro de su pecho. Se veía triste y dirigía una piadosa mirada hacia mamá.

—Lo siento, no quise interrumpir tus pensamientos —se disculpó.

—¿Quién… quién eres? —preguntó mamá, con dificultad.

—Eso no es importante, Margarita. —Giró la mirada hacia la ventana a su izquierda—. Solo pensé que sería muy triste estar solo en un momento como este. Solo vine a hacerte compañía.

—¿En… en un… momento…?

—Lo siento mucho.

—Yo… yo no quiero. —suplicó con voz muda, casi al punto de llorar—. Por favor, no quiero.

—Está bien. Ellos van a estar bien. Independientemente de lo que les suceda, van a estar bien.

—Pero yo… —derramó un par de lágrimas—. Yo les fallé. Son infelices por mi culpa.

—Pero también han llegado a donde están por ti.

—¿Eh?

—Créeme, aun si no estás ahí para verlos, ellos llegarán lejos. Serán tan fuertes como para hacer tambalear a este país. Ten fe en ellos, Margarita. Estarán bien. Ahora mismo, no es tu culpa si te mueres. Hiciste todo lo que pudiste y, aunque no todo salió perfecto, despejaste el camino hasta el punto en que les costará un poco menos, así que…

La chica detuvo sus palabras en cuanto se dio cuenta. Mamá dejó de respirar. Y, aunque no se veía del todo en paz, era notorio que mucha de la tensión que vivió en sus últimos minutos se había desvanecido. A aquella chica, la mismísima Diosa de la Muerte, Ereshkigal, solo le quedaba rezar por quien podría ser, desde hace muchos años, una de las mujeres más determinantes en el futuro que esperaba a la Gran Nación de Ceres.

—Descansa, mamá.

SIETE

Roy llegó a Villa de las Rosas la noche anterior luego de discutir con papá sobre qué hacer durante el descanso de fin de semestre. Angela y Finn llevaban ya tres semanas solos ahí, al cuidado de una tía. Papá quería que Roy fuera a acompañarlos, pues una figura con la autoridad del hermano mayor podría darles un poco de tranquilidad mientras se resolvía el estado actual de mamá.

Pero lo que Roy quería en realidad era ir a donde mamá estaba para acompañarla. Muchas veces ya había sido rechazado por ella, quien suplicaba porque su hijo mayor no viera el estado tan deplorable en el que se encontraba. Roy, por su parte, solo quería ayudarla a apaciguar el estrés que le generaba una enfermedad de la que poco se sabía.

Quizá era una cuestión de orgullo, pero mamá prefería que él se quedara con la imagen de una mujer fuerte y luchadora, no con la de alguien deplorable que ya ni podía levantarse de la cama. El corazón de mamá estaba roto ya, pero Roy siguió insistiendo hasta el último momento. Roy amaba tanto a mamá, que poco importaba lo que tuviese que enfrentar por demostrarle que, aunque sea el estrés, podía hacerse más ligero en compañía.

Esa noche, Roy cenó con sus hermanos, primas y tíos. Tal como cuando eran pequeños, ni Finn ni Angela se separaron un segundo de él. La noche fue tranquila, pero era notorio que no se vivía un ambiente agradable. Los hermanos se quedaron a dormir en casa de la tía, los tres juntos en una misma cama. Roy intentó convencerse de lo que papá pedía, intentó con

todas sus fuerzas no arrepentirse de lo que estaba por suceder.

Casi como si esperara por ello, despertó muy temprano escuchando el llanto de la tía. “No puede ser, no puede ser. Si Margarita se muere, yo me quiero morir con ella”, gritaba, completamente desquiciada. A lo lejos se escuchaba la voz del tío, un hombre de alto renombre en la Ciudad de Villa de las Rosas, alguien a quien Roy respetaba mucho por la forma en que había manejado muchas de las mayores crisis de la familia.

Intentaba calmarla, intentaba que recuperara la compostura. Quizá la desesperación del tío obedecía más al hecho de que un escándalo tan grande podría perturbar a los tres hermanos. Pero la tía no se calmaba, ¿quién puede culparla? La única hermana que vivía con ella en Villa de las Rosas era mamá, era con quien más convivía y quizá a quien más quería.

Al darse cuenta de que no podría hacer mayor cosa por llevar a la tía a la calma, el tío se dispuso a ir directamente con los hermanos, que aún se encontraban escondidos entre las chamarras, como cuando eran pequeños. Era lógico pensar en que ya sabían lo que sucedía, pero ninguno decidió hablar.

La puerta se abrió y el tío entró para sentarse en la orilla de la cama. Finn se levantó de inmediato, mientras que Angela se abrazó con fuerza a Roy bajo la sábana. Esa fue la primera vez que Roy vio a su tío titubear y también fue el momento en que se dio cuenta de lo mucho que lo admiraba por mantenerse calmado en una situación donde toda la familia solía perder los papeles.

—Hijos, parece que su mamá ya no respira —habló.

—¡Dígamelo tal y como es! —reprochó Finn—. No quiero compasión. Mi mamá está muerta, ¿verdad?

—Sí, así es.

OCHO

Tanto Finn como Roy se levantaron y salieron a hablar con la tía y las primas. Angela se quedó en la habitación. El tío decidió que viajaría a Capital, donde se encontraba mamá, para apoyar a papá directamente en todos los trámites necesarios. Finn decidió que se iría con él, pues quería estar con mamá todo lo que pudiese.

La tía desestimaba esta idea, pero Roy terminó imponiéndose ante ella con el argumento de que, en ausencia de mamá y papá, era él el responsable sobre sus hermanos. Por un momento pensó en ir con ellos

también, pero decidió quedarse en Villa de las Rosas, junto a Angela, para hacer todos los preparativos del funeral.

Finn partió hacia Capital en ese mismo momento. Roy se quedó y fue junto a las primas a preparar su casa para el funeral. Angela decidió quedarse en casa de la tía. Los tres hermanos, que se encontraron la noche anterior esperando apaciguar sus ansias en compañía de la familia, terminaron separándose una vez más al hacerse realidad el peor resultado de todos.

Margarita estaba muerta, y con este hecho, el camino de la familia Leonhartd Velz se hizo oscuro y tenebroso. Roy tenía dieciséis años, Finn estaba por cumplir catorce y Angela apenas rozaba los once. Las tres promesas de la familia Velz, los tres más queridos, se quedaron solos. Papá se quedó solo.

Capítulo 3

PREPARATIVOS

NUEVE

Roy volvió a casa y, aunque solo había pasado un mes y medio desde la última vez que estuvo ahí, había un aire extraño que le hacía sentir ajeno al hogar donde creció y pasó la mayor parte de su vida. Todo estaba en su lugar, muy bien ordenado y acomodado, pero con una ligera capa de polvo encima que delataba la ausencia de calor humano en las últimas semanas.

La construcción no era muy grande, pero estaba bien acomodada en dos niveles con espacios suficientemente amplios. Las tres primas que le acompañaban, junto al esposo de una de ellas, pasaron adelante y empezaron a acomodar y limpiar todo. Roy se quedó frente a la puerta de la sala de estar, como preguntándose por qué se encontraba ahí en ese momento.

Tomó aire y exhaló con cierta incomodidad. Dio un paso adelante y se adentró en la sala de estar. Caminó entre los sillones donde muchas veces tomó la siesta en las tardes de vacaciones o de fines de semana. Se acercó al mueble del televisor y se agachó para abrir la gaveta donde se encontraban los viejos álbumes de fotos que su madre atesoraba celosamente.

El reloj marcaba las ocho y media de la mañana. Era demasiado temprano como para que alguien en Villa de las Rosas, fuera de su familia, estuviese enterado de la muerte de su madre. A un lado estaba el teléfono, que reposaba sobre una pequeña mesa a un lado del ventanal que daba hacia el jardín.

Roy se cuestionó si valía la pena marcarle a alguien para contarle lo sucedido, pero se abstuvo completamente al darse cuenta de que no había alguien en Villa de las Rosas a quien quisiera hablarle. Los amigos que más frecuentaba en realidad solían insultarlo y ridiculizarlo con frecuencia. La chica que más había querido también resultó hiriéndolo de formas bastante crueles y reiteradas.

En un intento por rescatar algo de su estancia en la ciudad que lo vio crecer, consideró incluso a sus compañeros de clase de secundaria. Se arrepintió al segundo siguiente, pues recordó cuánto le asqueaba las

mentalidades de algunos de ellos, especialmente la de los más conformistas.

—Ah, solo de recordar, revivo las razones por las que terminé largándome de aquí —concluyó.

Y es que, al final de su secundaria, Roy terminó tan asqueado de la juventud de Villa de las Rosas que terminó aceptando la primera oportunidad que tuvo para mudarse a Capital y empezar de nuevo. La gente en Capital, sin duda alguna, era muy distinta. Tanto que fue pan comido acoplarse a ellos.

Fue en ese momento que Roy se dio cuenta que, a menos que fuera por él, nadie se enteraría en Capital de su luto. Aunque sí es cierto que algunos de sus amigos más cercanos ya estaban enterados de la enfermedad de su madre. Si valía la pena hablar con alguien, seguro era con las personas con quien sí logró empatizar de forma más natural.

Tomó el auricular y lo puso en su oído zurdo. Tomó aliento y marcó el primer número que vino a su mente.

—¿Hola? —respondió una chica.

—Christa, hola. Soy Roy.

—¡Roy! —se escuchó emocionada—. ¿Qué tal Villa de las Rosas? ¿Tus hermanos están bien?

—Sí, estaban tranquilos cuando llegué. Fuimos a cenar anoche y la pasamos… tranquilos.

—Tranquilos, ¿eh? Seguro están muy preocupados por tu mamá.

—Sí… respecto a eso…

—¿Sí?

—Mi madre falleció esta mañana.

—¿Qué? —guardó silencio por unos segundos— ¿Es en serio?

—Sí. Mi abuela se dio cuenta que ya no respiraba. Ahora mismo sigue en Capital, pero mis primas y yo ya estamos haciendo todos los preparativos para cuando venga.

—Esto es… inesperado. Yo… lo siento mucho, Roy. En serio lo siento mucho. Puedes contar conmigo para lo que necesites, no dudes en contar

conmigo, ¿sí?

—Sí, está bien. Gracias, Christa. Solo… quería contártelo.

—Pues gracias por confiar en mí —se le escuchó un leve regocijo.

—No, nada que agradecer —sonrío tímidamente—. Has sido una buena amiga. Pero, bien, ¿hablamos después? Debo ayudar aquí. Te llamaré más tarde.

—Sí, por favor.

—Está bien. Adiós.

—Adiós, Roy.

Colgó, y en ese instante, sonó el timbre de la puerta. Roy giró la mirada hacia el ventanal y corrió las cortinas blancas para abrirse visión. Al otro lado, encontró el jardín de su madre con los rosales un tanto descuidados, y al fondo, al otro lado de la reja que dividía esa pequeña área verde y la calle exterior, a Doña Rosa, una de las vecinas que se había hecho amiga cercana de su madre.

—¡Buenos días, nene! —gritó ella al notarlo al otro lado de la ventana—. Traje un encargo para su madre.

Roy sonrío con cierta nostalgia. Tenía bastante ya sin saber de ella, así que salió para atenderla a través de la reja. Doña Rosa era una mujer sonriente, humilde y muy amable, justo el tipo de persona con quien la madre de Roy solía congeniar mejor. E incluso él mismo solía recordarla con alta estima por las veces que apoyó a su madre con la limpieza y cocina de su hogar.

—Buenos días, doña Rosa —devolvió el saludo—. Ha pasado un tiempo.

—Ay, sí, nene. Traigo un encargo para su madre. —Levantó la mano zurda para mostrar una gran bolsa de plástico de color negra, la cual entregó a Roy sin siquiera preguntar.

—Oh, sí sí. ¿Cuánto le debo?

—No se preocupe, nene. Dígale a su mamá que nos pondremos de acuerdo después.

—¿Perdón?

Roy se vio sorprendido. Doña Rosa hablaba tan casual como siempre. Por un momento se tambaleó de pensar en que su madre pudo haber sido

más hermética de lo esperado respecto a su enfermedad, situación que ponía en Roy una responsabilidad muy incómoda ahora.

—Sí, más tarde vengo a platicar con ella —sonrío doña Rosa.

—Em, bueno. Doña Rosa, la verdad es que…

Roy dudó por un par de segundos, pero sabía que era justo decirle la verdad. O, más bien, lo injusto era dejar que doña Rosa se marchara pensando en que podría regresar después a platicar con su amiga, cuando él ya sabía que eso no sería posible nunca más.

—Doña Rosa, lo que sucede es… —tomó aire—, que mi madre murió esta mañana.

Aun si no lo parecía, Roy era muy diestro a la hora de manejar situaciones como esta. Ya había pasado la muerte de su abuelo, la de sus tíos, su prima y también de algunos amigos. Dar malas noticias o enfrentar situaciones de alta carga emocional no era complicado para él.

Pero esta vez se trataba de su madre. Se trataba de la mujer que lo crio, la mujer con quien más batalló y con quien aprendió a conciliar puntos de vista basado en el amor que ambos se tenían como madre e hijo. Aun si Roy se aferraba a su experiencia, esta terminó derrumbándose en cuanto vio la expresión de doña Rosa quebrarse hasta el llanto.

—No puede ser, no puede ser —sollozaba.

—Sí, lamentablemente así es —siguió Roy, luchando por no quebrarse ante tal reacción—. Pero no se preocupe por el mandado, por favor dígame cuánto le debo.

—No, nene, no. Quédeselo. Yo… no sabía nada. ¿Qué fue lo que le pasó a su mamá?

—Bueno… ella estaba enferma.

—Ay, Dios mío —siguió su llanto—. Es que… es tan repentino. No puedo creerlo. Yo la vi bien, hace menos de dos semanas hablamos. No puede ser.

—Lo siento mucho, doña Rosa. Ella… mi mamá… está en capital ahora. Espero que mi padre y otros familiares puedan traerla durante la tarde. Por favor, venga a despedirse de ella.

—Así será, nene. Así será. Gracias por decirme.

Conmovido, Roy soltó una sonrisa compasiva ante el desconsolado llanto de doña Rosa, quien esperó unos segundos para calmarse y luego marcharse, aun con lágrimas en los ojos. Roy soltó un suspiró, a la vez que intentó liberar la tensión que le causó la escena. El teléfono sonó. El chico tomó aire nuevamente, se dio vuelta y regreso adentro.

DIEZ

—¿Qué? ¿Es en serio? —Preguntó desconcertada cierta chica, alguien a quien Roy había frecuentado últimamente, al otro lado del teléfono—. Pero la iban a operar, ¿qué pasó con el súper tratamiento que debía salvarla?

—Bueno, al parecer no fue muy efectivo.

—Yo… no sé qué decirte. Lo siento mucho, Roy.

—Está bien, no es necesario que digas algo. Solo quería… mantenerte al tanto.

—Está bien, gracias por eso.

—Sí, gracias a ti.

Ambos guardaron silencio durante unos segundos, como si desearan alargar aquella conversación. Pero era muy poco lo que se conocían como para saber cómo actuar a partir de este punto. Roy terminó tomando la delantera.

—Bueno, voy a ir a ayudar a mis primas a arreglar todo. Te hablaré después.

—Sí, está bien. Hablaremos después.

—Sí, adiós, Meiri.

—Adiós.

Colgó y de inmediato dudó en cumplir con lo que recién había dicho. Para ser honesto consigo mismo, Roy no tenía el mínimo ánimo de contribuir en la limpieza de su hogar. Soltó un fuerte suspiro y con él casi exhaló su fastidio. Se sentó en el suelo, frente al mueble, y sacó un par de álbumes de fotos.

Todo lo que Roy sabía sobre los tiempos antes de su nacimiento, y también de su infancia temprana, se lo debía a esos álbumes. Era ahí donde su madre documentó cada mínimo y gran momento que vivió desde

que compró su primera cámara fotográfica, cuando tenía 24 años.

Sus viajes para visitar a su futuro esposo, los lugares que visitaban en su tiempo de novios. Los primeros días luego del nacimiento de Roy, de Finn, de Angela. Los paseos familiares a lugares paradisiacos, así como las reuniones familiares y las fiestas de cumpleaños, en las que se celebraba a los tres juntos pero en la fecha del nacimiento de Finn.

—Mamá sí que atesoraba los momentos —reflexionó Roy, a la vez que se daba cuenta de la gran cantidad de fotos que había de sus hermanos y él.

Algo aturdió a su corazón. Algo le hizo sentir incómodo. Sin embargo, antes de saber qué fue, su mente quedó en blanco. Un leve mareo se hizo presente, a la vez que sonó el timbre de la puerta nuevamente. Con leve pereza, Roy levantó la mirada para encontrar a los primeros acompañantes al otro lado del ventanal.

De inmediato se sorprendió al ver que había sacado todos los álbumes sin darse cuenta. Empezó a guardarlos mientras una de sus primas se hizo presente para atender la puerta. El reloj no marcaba más allá de medio día, parecía lógico que la gente empezara a llegar.

Se levantó con prisa y volteó a ver hacia la ventana. No encontró su reflejo ahí, sino la imagen de una hermosa mujer de cabello dorado vestida con una larga capa negra. La impresión le hizo retroceder y parpadear un par de veces. Al levantar la mirada, lo primero que vio fue su imagen en el vidrio.

El sonido de la puerta principal cerrándose le hizo volver en sí de inmediato. Quizá el cansancio empezaba a jugarle en contra, pero no había tiempo para eso. Tal como en muchas situaciones complicadas del pasado, Roy estaba solo, y debía enfrentarse así a todo lo que estaba por venir.

Capítulo 4

EL FUNERAL

ONCE

La primera en llegar fue doña Rosa y, junto a ella, se hicieron presentes varios más. Algunos fueron fáciles de reconocer para Roy, a otro más no los había visto en su vida, pero todos tenían en común una cosa: el profundo respeto hacia quien fue una de las politólogas más importantes de Villa de las Rosas, así como la solidaridad para con su amada familia.

Uno a uno, fueron recibidos por el primogénito del matrimonio Leonhartd Velz. Para quienes lo conocían, la sorpresa se hizo mayúscula al verlo atender a todos los visitantes con una calma que casi indiferente a su papel de doliente. Para quienes no eran tan cercanos, simplemente pensaron que se trataba de otro familiar que colaboraba.

Fuera como fuera, las horas pasaron tan rápido que la tarde cayó sin que Roy se diera cuenta. En el transcurso del día no tomó un solo momento para estar solo. No se perdió nunca de la vista de los visitantes e incluso estuvo consolando a las amigas de su madre mientras contaban toda clase de historias vividas juntas.

Y, aun así, Roy se mantuvo firme ante la situación. Sin embargo, no todas las personas que llegaron eran conocidos o amigos de su madre. También lo hicieron sus excompañeras de secundaria, justamente las que fueron más cercanas a él, aunque en realidad solo estuvieron ahí para contar uno o dos chismes y luego marcharse.

Los chicos con quienes vivió sus mayores aventuras durante la adolescencia también estuvieron ahí. Así como lo hicieron sus amigos de la infancia, con quienes tuvo la plática más amena en todo el día y quienes se quedaron hasta la llegada de la comitiva que traía a mamá desde Capital.

Roy conversaba con estos últimos en el jardín cuando el teléfono empezó a sonar. Las llamadas fueron una constante durante todo el día. La mayoría de estas fueron de parte de amigos suyos de Capital, que recién se enteraban de lo sucedido y querían presentar su apoyo. Roy se disculpó con sus amigos y se apresuró a ir adentro para contestar.

—¿Sí? —descolgó.

—¿Roy? Soy Christa —se escuchó al otro lado.

—Hola, ¿qué tal todo por allá?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Aquí todo está igual que en la mañana. Deberías contarme tú cómo va todo allá.

—Eh, bueno…

El comentario de Christa resultó gracioso para Roy, pues fue una muestra por excelencia de su personalidad arrolladora. Escucharla era como tomar una bocanada de aire en medio de una tempestad que lo hundía entre el mar.

—Entonces, ¿cómo está todo por allá, Roy?

—Ha estado tranquilo. Vino mucha gente y he tratado de atenderlos a todos. También vinieron las chicas con quienes compartí clase en secundaria, aunque fue un poco incómodo chismear con ellas en un momento como este. También estuvieron los amigos con quienes jugaba pelota y vagaba, pero… diría que ha estado tranquilo…

—Oye…

—¿Sí?

—Voy a ir a verte.

—¿Perdón?

—¿Dónde vas a estar? ¿Sería mejor llegar a Villa de las Rosas o tomar el camino directo hasta Rin?

—¿Es en serio lo que dices?

—Sí. Lo hablé con mi familia y están de acuerdo. Así que mañana mismo estaré contigo. ¿A dónde debería ir entonces?

—Esto es… ¿es en serio?

—¡Que sí! Deja de darle vueltas, solo dime a donde ir —río, aunque de forma un tanto agresiva.

—A Rin entonces.

—Perfecto, ahí estaré. Dame un número de teléfono para comunicarme cuando esté por ahí.

—Eh, sí, claro. ¿Tienes donde apuntar?

—Espera, espera. Busco papel y lápiz.

—Bueno, el número es…

—¡No! ¡Espera!

Roy sonreía mientras Christa gritaba al teléfono. Aun si era una corta conversación, era una muestra perfecta de cómo era la relación entre ambos. Poco más de un año había pasado desde que se conocieron y en ese tiempo habían tenido tres o cuatro conversaciones muy cortas y muy superficiales, para luego pasar a la actualidad de los últimos meses donde hablaban casi a diario.

Tal afinidad no era algo raro para Roy, pero sabía que había más en Christa que hacía que su convivencia se distinguiera por mucho de sus otras amistades. Algo en ella hacía que sus conversaciones fueran diferentes, que se sintieran diferentes. Algo había en ella que la hacía extremadamente afín a él.

Sin embargo, también era notorio para Roy que se trataba de una chica complicada. Alguien que no se acercaba a nadie que no le interesara. Alguien que podía golpear con una indiferencia brutal contra todo aquello que le molestara o simplemente no llamara su atención.

El contraste entre ambas caras era la principal causa de dudas en Roy al tratar con ella. Siempre la trataba con cautela en cada interacción, para nada deseaba ser tratado con indiferencia. Roy ya era consciente de su interés por Christa, que bien podría resumirse en una mezcla entre atracción física y curiosidad por los secretos de la chica.

Y, ahora que ella empezaba a abrirse con él, no había modo en que perdiera la oportunidad de acercarse a ella. No había forma en que se negara a su deseo de ir a verlo, mas esta apertura no obedecía a dicho interés en ella. En ese momento, sin saberlo, Roy intentaba ahogar sus ganas de pedir ayuda.

Pero tenía que ser fuerte. Esa fue la postura que decidió tomar luego de vivir el sentimentalismo extremo de la familia Velz en muchos lutos antes. Llorar no valía la pena, gritar no valía la pena, mucho menos si era en público. Si podía ser útil, era mejor para Roy.

Después de todo, atender a la causa le hacía sentir mucho menos patético. Le hacía creer que estaba dando pasos en su intento de alejarse

de todo lo que no aceptaba de su propia cultura. Sin embargo, esta postura siempre terminaba haciéndole sentir solo. Luchar contra corriente era duro. Sentirse solo, aun en la compañía de tanta gente, era duro.

Y es que cada persona que se presentó en su casa ese día, lo hizo actuando como si supieran exactamente qué decir o qué hacer. Muchos otros solo se dedicaron a desahogar sus propias penas, como si robar reflector en el escenario hiciera menos importante la participación de los verdaderos protagonistas.

La soberbia de la gente de Villa de las Rosas los hacía actuar de manera molesta para Roy. La soberbia de un pueblo solidario era cada vez más molesta para Roy. Pero, en este punto, era capaz de entenderlos. Al final, él también deseo que sus palabras se convirtieran en el consuelo que cambiaría la vida de los dolientes en lutos anteriores.

No estaba intentando consolar a esas personas. Solo quería sentirse bien consigo mismo. No estaba intentando hacer algo para se sintieran mejor. Solo quería agrandar su ego. En este punto, solo podía ver el reflejo de sus propios actos egoístas en las personas que estaban presentes esa noche. Tanto en los lutos que vivió antes, como en cualquier otra situación difícil.

Había frío esa noche, pero, inexplicablemente, la temperatura del ambiente se incrementó hasta el punto en que todos tuvieron que quitarse de encima sus abrigos.

DOCE

Faltaba poco para la media noche cuando mamá llegó a casa. Roy salió a la calle para ver el auto de papá encabezando la caravana. El vehículo fúnebre venía detrás. Roy corrió hacia el auto de papá y lo vio bajar de él con una expresión que nunca había visto antes. Papá estaba triste, se notaba, y así se acercó a abrazar a su primogénito con todas sus fuerzas.

—Se vale llorar —declaró.

El clima enfrió de golpe y todos tuvieron que abrigarse de nuevo. La abuela bajó del auto y, notándosele los ojos hinchados, se abrazó a su nieto sin decir una palabra. Le siguió Finn, que solo acertó una mirada cariñosa a su hermano y se dirigió de inmediato hacia el vehículo donde venía el ataúd de mamá.

Los tíos, que ya habían parqueado sus autos, se acercaron al vehículo fúnebre para sacar a mamá y llevarla adentro, donde algunos otros ya habían colocado las sillas del comedor, a manera de cama, para acoger la

última visita de mamá a su hogar. Roy lo vio todo de cerca, sin poder participar en nada.

Pasaron unos minutos y luego mamá volvió al vehículo fúnebre. Papá llamó a Roy y Finn para ir todos juntos hacia la Universidad de Villa de las Rosas, donde más personas esperaban por mamá para dedicarle un homenaje. Los tres subieron en la parte trasera del auto y se encontraron con que la abuela y Angela ya se encontraban juntas en el sillón del copiloto.

El conductor de papá arrancó en cuanto el auto fúnebre estuvo listo y puso marcha hacia la universidad. Todos los que podían, subieron a sus autos y los siguieron. Las luces de casa empezaron a apagarse, una por una, ante la incrédula mirada de Roy, que se alejaba de una realidad a la que no podría volver nunca.

TRECE

La llegada a la universidad se acompañó de una repentina segunda ola de calor que apaciguó el frío clima de la noche. La gente que esperaba ahí, lo había hecho desde las ocho y ya era más de media noche. Mamá fue recibida por sus alumnos, que no dudaron en acercarse al vehículo fúnebre para transportarla al aula magna, donde se realizaría su homenaje.

Papá caminó acompañado de la abuela, mientras que Finn y Roy lo hicieron tomados de la mano de Angela. La multitud los recibió en el aula magna y casi todos los presentes se acercaron a ofrecer sus condolencias. La gente que Roy no vio en casa, estaba ahí.

El espacio para que los acompañantes se acercaran a los dolientes duró cerca de veinte minutos y luego fue el Rector Universitario quien llamó a todos a sentarse para iniciar con el homenaje. Tanto él, como los catedráticos y alumnos más cercanos a mamá, ofrecieron sus palabras a la familia Leonhartd Velz.

En la mente de Roy había más cosas de las que podía procesar. No era capaz de dimensionar nada de lo que ocurrió durante ese día, ni de lo que estaba por suceder. Pero cada hecho estaba ahí, aun si él no era consciente de esto. El homenaje terminó y la caravana puso destino hacia la Ciudad de Rin.

Mamá amaba visitar Rin. Mamá amaba regresar a la casa de sus padres y esperaba que sus hijos disfrutaran igual. Roy siempre aborreció dicho amor, en buena parte porque los hermanos siempre eran obligados a ir y

estar en esa casa vieja, sucia y aburrida.

La madrugada se hizo larga y Roy estuvo despierto la mayor parte del viaje. El cansancio en los acompañantes, y en el piloto de papá, hizo que fuera necesario parar en una de las localidades que antecedían a Rin. Angela y la abuela fueron las únicas que no bajaron del auto para escuchar las bromas de los tíos acerca de quedarse dormidos al volante.

El viaje reinició en cuanto todos terminaron de beber sus cafés y la caravana no se detendría hasta llegar a Rin. El frío amanecer recibió a los Leonhartd Velz y a sus acompañantes en la casa de los abuelos, el lugar donde mamá más amaba estar y donde la gente de Rin se acuerpó desde muy temprano.

Mamá estaba de vuelta en su casa.